

El pavor de lo sobrenatural posesionóse de todos: a muchos se les erizaron los cabellos... Diez minutos después invadía al Príncipe un apacible sueño que le duró seis horas... Salieron todos de puntillas, conteniendo los alientos... Sacaron el cuerpo calladamente...

Al despertar el Príncipe llamó a D. Juan de Austria y le dijo que había visto durante aquel sueño a Fr. Diego de Alcalá con su hábito franciscano y una cruz de caña con una cinta verde. El Santo le había dicho que aquella vez no moriría.

Y no murió en efecto (1).

(1) El primer cuidado del Príncipe D. Carlos al levantarse convaleciente, fué el de pesarse para cumplir el voto que había hecho. Pesaba tres arrobas y una libra, y debía, por lo tanto, a cada uno de los cuatro santuarios tres arrobas y una libra de oro, y nueve y tres libras de plata. El Príncipe no pudo pagar en vida esta deuda: pero en la cláusula XV de su testamento, hecho en 19 de Mayo de 1564, encarga a su padre el Rey D. Felipe el pago de ella. En la cláusula siguiente encárgale también que promueva la canonización del santo lego franciscano, como lo hizo en efecto Felipe II, siendo al fin canonizado *San Diego de Alcalá* por Sisto V en 1588.



## IV

**S**ALIÓ D. Carlos de Alcalá el 17 de Julio para terminar su convalecencia en Madrid, y quedaron solos Alejandro Farnesio y D. Juan de Austria, prosiguiendo sus estudios hasta fines de 1564.

Entraba D. Juan entonces en esa peligrosa edad de la adolescencia en que la naturaleza despierta a ciegas y la imaginación divaga por mundos desconocidos, forjando inquietudes misteriosas, deseos vagos y extraños sueños que turban el entendimiento, arrastran el corazón y extravían con triste frecuencia la voluntad, si cualquiera mala influencia tuerce su rumbo.

Estaba, sin embargo, D. Juan demasiado alto y harto bien guardado para que llegasen hasta él las vulgares influencias de la chusma estudiantil, de que dijo después Alarcón en la *Verdad sospechosa*:

Son mozos, gastan humor,  
Sigue cada cual su gusto,  
Hacen donaire del vicio,  
Gala de la travesura,  
Grandeza de la locura;  
Hace, al fin, la edad su oficio.

Mas había también en Alcalá estudiantes de la más alta nobleza, que hacían su corte a los Príncipes y participaban

de sus ejercicios y entretenimientos; y uno de ellos, que debió de ser D. Rodrigo de Mendoza, hijo segundo del Duque del Infantado, proporcionó a D. Juan algunas de aquellas novelas de caballería, a la sazón tan en boga.

El efecto de estas lecturas en el ánimo de D. Juan, fué el de un tizón encendido arrojado en un campo de rastros secos.

Ciertamente que su buen sentido rebajaba el nivel de las fabulosas hazañas de los Amadis y Palmerines hasta reducirlo a los límites de lo verosímil: pero el espíritu, la tendencia a lo grande, y a lo temerario y a lo amoroso, inflamaban su imaginación ya ardiente de suyo, y encendían su corazón que desde niño le impelía a cosas grandes y maravillosas.

Siempre le sedujo honrar a Dios y amparar a los menesterosos, como D.<sup>a</sup> Magdalena de Ulloa le había enseñado; siempre soñó con servir al Rey lealmente como de Luis Quijada había aprendido, y con llevar a cabo grandes hazañas por su cuenta propia, como la sangre de Carlos V, que hervía en sus venas, parecía pedirle.

Mas después de estas lecturas parecía esto ya poco, insignificante, sin gloria y sin brillo, y al Dios a quien honrar y al Rey a quien servir y a la fama que merecer, añadió entonces un reino que conquistar para proclamar en él la fe de Cristo, y una dama a quien amar, no al modo ruin y pecaminoso de la Mariana Gardeta del Príncipe D. Carlos, sino al modo espiritual y platónico de la Oriana de Amadís de Gaula...

Estas imaginaciones, una y otra vez meditadas y repetidas durante aquellos dos años, afirmaron para siempre las grandes cualidades y los sensibles defectos de D. Juan de Austria.

En este estado de ánimo supo D. Juan, no sabemos cómo

que su hermano D. Felipe había pedido para él al Pontífice Paulo IV el capelo cardenalicio... Mas no era ésta precisamente la voluntad de Carlos V consignada en su testamento: porque nunca mandó el Emperador que se impusiese a D. Juan el estado eclesiástico, ni aun adornándolo con la púrpura cardenalicia; sino únicamente encargó *que pudiéndose buenamente endereçar, que de su libre y espontánea voluntad, él tomase hábito en alguna religión de frailes reformatos, a la qual se encamine, sin hacerle para ello premia ni extorción alguna...*

El despecho y la afición de D. Juan, al saber esta noticia no tuvieron límites, y apresuróse a participarla a la buena y discreta D.<sup>a</sup> Magdalena, quejándose con toda la amargura y desaliento con que se lamentan a su edad las ilusiones perdidas.

Comprendió D.<sup>a</sup> Magdalena el yerro inmenso que sería y los peligros a que quedaba expuesta el alma de su don Juan empujándole por un camino, a que la vocación de Dios no le llamaba, y con esa libertad de espíritu propia de las almas santas y fuertes, aconsejóle con grande ahinco prevenir por cuantos medios fuese posible que el capelo no se concediese, y en el caso de no poderlo evitar, resistir abiertamente al Rey con tanto respeto como entereza.

La conciencia y el honor caen fuera de todo vasallaje, y la noble dama sentía, como otros muchos de su época, lo que dijo después Calderón, haciéndose eco de aquella raza ya degenerada en su tiempo:

Al Rey la hacienda y la vida  
Se debe; pero el honor  
Es patrimonio del alma,  
Y el alma es solo de Dios.

Animado D. Juan con esto, no volvió a hablar más del asunto ni aun con D.<sup>a</sup> Magdalena misma, y nadie hubiera

sospechado que tuviese él conocimiento de lo que con el Papa se trataba.

Mas de allí a poco llegó a Madrid D. Felipe de vuelta de las Cortes de Monzón que había celebrado, trayendo consigo a sus dos sobrinos los Archiduques Rodolfo y Ernesto, hijos del Emperador Maximiliano y de la santa Emperatriz D<sup>a</sup> María, hermana del propio D. Felipe y de don Juan de Austria.

Acudió éste a saludar al Rey y dar la bienvenida a los Archiduques, y encontrólos en el castillo de Valsain, allá en el bosque de Segovia.

No se hablaba entonces, ni en la corte ni en la villa, sino del formidable ataque de los turcos a la isla de Malta, y de la heroica defensa del anciano Maestre de aquella orden Juan Parissot de la Valette.

Hallábase al frente de la fortísima escuadra otomana el Almirante Pialy y los dos temidos piratas Hassen y Dragut, con cuarenta y cinco mil hombres de desembarco, capitaneados por Mustafá-Bajá; y el gran Maestre la Valette, sin más tropas que setecientos caballeros de la orden y cuatro mil quinientos soldados para defender toda la isla, pedía auxilio con gran premura a los Príncipes de la cristiandad, y muy en particular al Pontífice y al Rey de España, como más interesado el uno en la defensa de la fe, y el otro en la conservación de sus dominios de Africa y de Italia, de que era salvaguardia la isla de Malta.

Mandó al punto Felipe II aparejar una escuadra en su socorro con veinticinco mil hombres de desembarco, de los cuales habían de embarcarse parte en Barcelona y ser recogidos los restantes en Sicilia.

Instaban los sitiados cada vez con más angustia, y al mismo tiempo llegaban noticias del heroico valor de su resistencia y de las ferocidades del turco. Mustafá había

hecho en escarnio de nuestra santa Religión una cruz con los corazones de muchos caballeros de Malta muertos en la refriega, y clavádola en el límite de su campo; y el gran Maestre la Valette había contestado a esta barbarie sacrílega haciendo cargar sus cañones de grueso calibre con cabezas de turcos, a guisa de metralla, y disparándolos al enemigo.

Hervía con todo esto la juvenil sangre de D. Juan de Austria, y tiraba sus cálculos calladamente.

¡Aquella empresa sí que lo reunía todo!... Gloria de la fe... amparo de desvalidos... servicio del Rey!

Faltaba el reino que conquistar; pero se presentaba en cambio la ocasión de probar al Rey muy a tiempo que al hijo de Carlos V le cuadraba mejor un almete de hierro que un capelo de grana...

Faltaba también la dama a quien amar; ¿pero acaso podía asegurarle alguien que en el curso de aquella empresa no hubiera de encontrarla?...

Nadie notó, sin embargo, en D. Juan preocupación alguna, y viósele tan solo celebrar largas pláticas con D. Juan de Guzmán, gentilhombre de su cámara, y con D. José de Acuña y Peñuela, que era su guardarropa.

Salió una mañana, que fué la del 9 de Abril de 1565, a pasear a caballo con el Príncipe D. Carlos, y con estudiado pretexto separóse de éste y torció el rumbo hacia Galapagar, seguido tan sólo de D. Juan de Guzmán y de D. José de Acuña.

No volvió D. Juan aquella noche, y como le echase de menos al día siguiente el Rey D. Felipe, mandó llamar a Luis Quijada.

Creíale éste con el Príncipe D. Carlos y los Archiduques, y desengañándole el Rey, no supo dar razón de su paradero.

Alarmáronse todos: hiciéronse grandes pesquisas y llegó

al cabo el Duque de Medinaceli diciendo, que según testimonio de un postillón encontrado en el camino, D. Juan de Austria había tomado postas en Galapagar con dos caballeros de su casa, y marchándose a Barcelona para embarcarse en las galeras que iban en socorro de la isla de Malta.

Templó algún tanto lo generoso del arranque del mancebo el enojo que produjo en el Rey su independenciam, y despachó al punto correos a todos los puertos y Virreyes para que le detuviesen con este mensaje: *Que volviese luego, pues la jornada era sin su voluntad y orden, y él muy mozo para viaje tan largo y acción tan peligrosa.*

Despachó con este mensaje a D. Pedro Manuel, para que fuese en su seguimiento hasta alcanzarle, y encargó a Luis Quijada que le escribiese también manifestándole *el disgusto con que quedaba.*

Grande era en efecto el de Luis Quijada, no por el arranque de D. Juan, que le complacía en extremo, sino por su falta de confianza en no revelarle nada.

Mas D.<sup>a</sup> Magdalena, que veía mejor que nadie el fondo de todo aquello, hízole notar la prudencia y el cariño de D. Juan guardándole tan gran reserva: porque de haberle manifestado su proyecto, fuérale preciso impedirselo por obligación de su cargo; y de haber contemporizado con él, hubiera incurrido con harta razón en el desagrado del monarca.

Era, pues, lo más prudente callar, y eso era lo que don Juan había hecho.



## V

**L**A noticia de la espontánea marcha de D. Juan a la isla de Malta para pelear contra los turcos, causó en el pueblo de Madrid tal entusiasmo, que a gritos le aclamaban por las calles digno hijo de Carlos V.

La nobleza por su parte, rindió entonces a aquel niño de dieciocho años el homenaje más cumplido que puede prestarse al hombre cabal que se nos presenta por modelo, cual es el de imitarle.

La mayor parte de los jóvenes de la nobleza corrieron a embarcarse con D. Juan en Barcelona, solos unos con su espada y sus buenos deseos porque no podían otra cosa; levantando otros a su costa gente de guerra para pelear contra el turco, constante pesadilla para la Europa de entonces.

Fueron los principales de estos caballeros D. Bernardino de Cárdenas, Señor de Colmenar de Oreja; D. Luis Carrillo, Mayorazgo del Conde de Priego, y su tío D. Luis, con gran compañía de caballeros, deudos, capitanes y criados a su costa conducidos; D. Jerónimo de Padilla, D. Gabriel Manrique, hijo del Conde de Osorno, D. Bernardino de

Mendoza, hermano del Conde de Coruña, D. Diego de Guzmán, Mayordomo de la Reina, D. Lorenzo Manuel, D. Francisco Zapata de Cárdenas, D. Pedro de Luxán, D. Gabriel Niño, Juan Bautista Tassis, que fué luego Conde de Villamediana, y otra porción de caballeros castellanos, andaluces y aragoneses.

Llegaron también a última hora cuatro gentileshombres del Príncipe D. Carlos, de los cuales era uno el tan famoso después Marqués de Castel Rodrigo, D. Cristóbal de Moura.

Hizo todo esto reflexionar a Felipe II, y desde aquel momento retractó en su mente la idea de empujar a su hermano por el camino de la Iglesia, comprendiendo que mejor partido sacaría de D. Juan utilizando su prestigio y valerosos arranques en las cosas de la guerra.

Mientras tanto corría D. Juan sin descanso huyendo del capelo y en busca de la gloria, con tan mala fortuna que al llegar a Torija tuvo que detenerse enfermo de calenturas tercianas.

Auxiliáronle como mejor se pudo en un castillo que allí tenía el Conde de Coruña, y, más animoso que curado, prosiguió su camino hasta llegar a Frasno, a cinco leguas de Zaragoza. Repitióle allí la terciana con tan recia furia, que imposible le fué pasar adelante.

Era este lugar del Conde de Rivagorza, y éralo entonces el Duque de Villahermosa D. Martín de Aragón, gran caballero, a quien esperaba muy en breve en la persona de su hijo primogénito la más trágica desventura que registra quizá la historia de la Grandeza.

Era este señor viudo de D.<sup>a</sup> Luisa de Borja, hermana de San Francisco, y después de guerrear en Flandes y distinguídose mucho en la batalla de San Quintín, vivía a la sazón retirado con sus hijos en la villa de Pedrola.

Avisaron al Duque el ilustre huésped que tenía en sus

estados, enfermo en un miserable mesón de Frasno, y apresuróse a enviarle dieciocho acémilas con todo lo necesario para el servicio de un príncipe, desde el dosel blasonado y las tapicerías de cueros, propias del verano, hasta los lechos y las mantas y la recámara completa de plata amartillada.

No satisfecho con esto fuese el mismo Duque a Frasno con dos médicos de su servicio, e instó a D. Juan para que se trasladase a su villa de Pedrola o a su castillo de Benabarre, cabeza del condado de Rivagorza, donde con mayor esmero podría ser asistido y cuidado.

No tuvo tiempo D. Juan de aceptar el ofrecimiento del primer Grande de Aragón, porque enterado el Arzobispo de Zaragoza de su enfermedad y estancia en Frasno, envióle al punto al Gobernador de la ciudad, con otros muchos nobles caballeros, para que le recogiesen y trajeran a Zaragoza para asistirle y curarle en su propio palacio.

Era este Arzobispo D. Hernando de Aragón, nieto del Rey D. Fernando el Católico, y varón muy respetable por sus muchos años y su ilustre sangre.

Trasladaron, pues, a D. Juan a Zaragoza con grandes precauciones en mulas y literas del Duque de Villahermosa, y éste le acompañó con grande cortesía hasta dejarle instalado en el palacio del Arzobispo.

Salió éste a recibirle fuera del lugar, y acudió todo el pueblo ansioso de conocer al hijo del Emperador y de manifestarle el aplauso y simpatía que su juvenil arrojo le inspiraba.

Habíale alcanzado en Frasno D. Pedro Manuel, y no bien le vió en Zaragoza algún tanto repuesto de su dolencia, apresuróse a intimarle la orden de D. Felipe, añadiendo por su propia cuenta: *Que no passase adelante, sino quería indignar al Rei, pues las galeras en que pensava pasar avian partido de Barcelona.*

A lo cual respondió D. Juan muy gravemente: *Que era la jornada del servicio de Dios y del Rei su señor, y que así no la podía dexar con reputación.* Y acto continuo envió a D. José de Acuña a Barcelona, a ver si había allí galeras para su pasaje.

El Arzobispo y el Gobernador y muchos caballeros le pidieron también que—*Bolviesse a Madrid, por tener orden del Rei para detenerle*—y como D. Juan no cediese tampoco con esto, le requirió entonces el Arzobispo, con las cartas del Rey en la mano, *que no passase adelante:* mas sin perder D. Juan ni su gravedad ni su cortesía, persistió en su propósito.

Seducidos entonces el Arzobispo y el Gobernador y los principales caballeros de Aragón que a Zaragoza habían acudido, por la juvenil audacia y firme entereza de aquel mancebo de dieciocho años, suplicáronle que ya que persistía en marchar *que llevase quinientos arcabuceros para su guarda, pues no convenía ir tan solo, que los pagaría el Reino por todo el tiempo que durase la jornada.*

A esto respondió D. Juan *que si se embarcase, se valdría de su ofrecimiento.* Ofreciéronle entonces grande suma de escudos, pero D. Juan los rechazó con grande cortesía y agradecimiento.

Salió, pues, D. Juan de Zaragoza con entusiasta despedida de todos y dirigióse a Belpuche, donde le hospedó el Virrey de Nápoles: tomó allí el camino de Montserrat para visitar el célebre santuario, y de acuerdo aquellos monjes con el Virrey de Cataluña, que lo era el Duque de Francavila, entretuviéronle en el monasterio hasta dar lugar a que zarparan de Barcelona las galeras que iban a Malta, como sucedió en efecto.

Vinieron entonces a recibirle en Montserrat el Virrey Duque de Francavila con los Jurados, el Arzobispo de Ta-

ragona y el Obispo de Barcelona, y suplicáronle todos que puesto que las galeras habían ya partido para la isla de Malta, volviese a Madrid como era la voluntad del Rey.

A lo cual contestó D. Juan imperturbable, que la falta de galeras en Barcelona podía suplirse muy bien, atravesando, como era su propósito, el reino de Francia para buscarlas en otra parte.

Apurado entonces el Virrey llevóle a Barcelona con grande honra y acompañamiento, y entretúvole allí con fiestas, regocijos y saraos, hasta dar lugar al último recurso, que fué una carta directa y autógrafa del Rey a D. Juan, mandándole volver sin dilación alguna a Madrid, bajo pena de su real y eterno desagrado.

Bajó D. Juan la cabeza ante amenaza tan concluyente y tornó sin réplica a Madrid con tanto aplauso de todos por su valerosa resolución primera como por su postrer obediencia.

Recibiéronle en Madrid con gran entusiasmo, y el primero en salir a su encuentro fué el Príncipe D. Carlos, que le regaló entonces un magnífico diamante en un anillo de oro, obra de Jácome Trezzo, que tuvo de coste 800 ducados.

No se hallaba a la sazón en Madrid el Rey D. Felipe, por haber salido por Segovia y Sepúlveda al encuentro de su esposa la Reina D.<sup>a</sup> Isabel, que volvía de las famosas conferencias de Bayona.

Anuncióse para el 30 de Julio la llegada de los Reyes a Madrid, y salieron a recibirles, tres leguas más allá de la villa, el Príncipe D. Carlos y D. Juan de Austria.

No se habían visto todavía el Rey y D. Juan después de la escapatoria de éste, y prometía la entrevista ser embarazosa.

La prudencia y habilidad de la buena Reina D.<sup>a</sup> Isabel, dióle sin embargo, un rumbo placentero: porque no bien

divisó a D. Juan hízole señas de que se acercase, y sin darle tiempo de hacer demostración ni decir palabra, preguntóle con maliciosa sonrisa si le habían parecido muy valientes los turcos en Malta.

Enrojeció como una amapola el frustado campeón y contestó amargamente que con harto sentimiento suyo no había tenido ocasión de experimentarlo.

Rióse entonces D. Felipe, y abrazando cariñosamente a su hermano, díjole al oído, que diese tiempo al tiempo; que muy breve sería el que tardase en estar dispuesta la armada contra los piratas del Mediterráneo, de que tenía ya decidido nombrarle generalísimo.



## VI

**A**QUELLA aventura puso a D. Juan de moda, como se diría hoy, y sucedía sin decirse en el siglo XVI. Convirtiósese D. Juan en niño mimado de la Corte y en ídolo del pueblo, hasta el punto de deseárselo muchos como heredero de la corona a falta del Príncipe D. Carlos.

La gallarda figura de D. Juan contribuía mucho a esto: contaba entonces diecinueve años, pero hallábase ya completamente y a la perfección desarrollado.

Era de buena estatura, delgado y en todo airoso, porque la elegancia era en él genuina, le era espontánea, como lo es la flexibilidad al acero bien templado.

Tenía el cabello rubio, arremolinado con mucha gracia hacia la izquierda, por lo cual peinábaselo en forma de copete, que generalizado después por sus imitadores, se llamó *a la austriaca*: la barba, del mismo color que el cabello, era escasa: el color blanco con ligero tinte tostado que le prestaba virilidad muy agradable: los ojos grandes, garzos, muy puros, vivos siempre, y a su placer amorosos y risueños, o graves y severos.

Era afable y dadivoso en su trato, pulcro en su persona,

ostentoso en su traje y tan exajerado en las modas, como puede verse aún en algunos de sus retratos.

Resplandecía, en fin, en toda su persona, y era lo que mayor atractivo le prestaba, ese *no sé qué*, propio de hombres muy superiores, que encanta y atrae y subyuga, y hace consistir un escritor muy profundo en un misterioso compuesto de gracia, de talento y de deseo de agradar.

Tal era la simpática figura de D. Juan de Austria en el momento en que comenzó a figurar, con verdadera personalidad propia, en la tan discutida corte de su hermano.

Y no era ciertamente aquella corte entonces, ni lo fué nunca, aquella especie de sombrío y austero cenobio que nos presentan los que creen o aparentan creer en el tétrico Felipe II legendario rodeado de hogueras y potros, inquisidores y frailes.

Ni mucho menos era tampoco aquella unida y religiosísima familia de devotas damiselas, santas dueñas, ancianos venerables y castos pajecitos que se forjan los que pretenden encerrar, de buena fe, las colosales proporciones de Felipe II en los raquíuticos moldes de un devoto niño.

La corte del Felipe II de entonces era indudablemente la más severa de su tiempo: pero era también la más magnífica, la más suntuosa, y abundaban en ella las diversiones honestas y la galantería caballeresca de buena ley, propia de aquellos tiempos, sin que escaseasen tampoco, como natural consecuencia, las intrigas, los enredos y los escándalos entre damas y galanes, que unas veces reprimía don Felipe públicamente con mano firme, otras corregía en secreto y no pocas dejaba correr sin darse por entendido, por razones que siempre permanecieron secretas.

Dividíase la Corte, como en casi todas ellas acontece, en dos campos completamente diversos: el palaciego y el político.

Formaban en aquella época el centro del primero dos Princesas tan notables por sus virtudes como por su hermosura, unidas estrechamente por la amistad más tierna: tales eran la Reina D.<sup>a</sup> Isabel de Valois y la Princesa viuda de Portugal D.<sup>a</sup> Juana, que solo contaban entonces veinte años la primera y treinta la segunda.

En torno de ellas agrupábanse las numerosas damas de ambas, pertenecientes todas a la más alta nobleza española, sin que faltasen tampoco algunas francesas entre las de la Reina y varias portuguesas entre las de la Princesa, en pugna siempre estas extranjeras con las castellanas.

Pasaban de cincuenta las damas de la Reina, solteras todas, y solían permanecer en Palacio hasta procurarlas los reyes ventajosos casamientos.

Tenía también diez dueñas de honor, viudas, señoras de mucha calidad, y al frente de todas ellas estaba la camarera mayor, que debía de ser señora de Estados, y lo era entonces la Condesa viuda de Ureña, D.<sup>a</sup> María de la Cueva, matrona de gran juicio y entendimiento, que fué madre del primer Duque de Osuna.

La Princesa D.<sup>a</sup> Juana tenía también además de sus damas, sus dueñas de honor muy calificadas, y su camarera mayor, que era D.<sup>a</sup> Isabel de Quiñones. Doña Leonor Mascareñas, su antigua aya, tan amada y respetada, habíase retirado ya de la Corte y fundaba a la sazón, en lo que es hoy Plaza de Santo Domingo, el convento de los Ángeles, donde murió años después santamente.

Holgábase la Reina en divertir a sus damas con paseos a caballo, cacerías, meriendas en las alamedas, saraos, mascaradas y representaciones de loas en sus habitaciones, en que todas ellas y la misma Reina tomaban parte, y donde se jugaba también, a veces tan fuerte, que en una sola noche perdió el Príncipe D. Carlos en un juego que llamaban



*el clavo*, cien escudos de oro, según consta en la declaración de su barbero Ruy Díaz de Quintanilla, que se los había prestado.

A estas fiestas convidaba siempre la Reina a todas aquellas grandes señoras que, sin tener cargo en Palacio, residían en Madrid o por allí pasaban, y muy en especial a la Princesa de Évoli, con quien tuvo siempre amistad estrecha, y a la Duquesa de Alba D.<sup>a</sup> María Enríquez, que fué luego su camarera mayor y le mereció en todas ocasiones la mayor consideración y afecto.

La Princesa D.<sup>a</sup> Juana, por su parte, gustaba mucho del campo y retirábase con frecuencia al Pardo, donde daba conciertos muy lucidos, con muchos músicos y cantores que ella tenía y pagaba, resultando fiestas de verdadero agrado y entretenimiento.

En estos elevados centros buscó, pues, D. Juan de Austria su dama y la encontró, y en ellos hizo sus primeras armas en la galantería, creyendo cándidamente que los amores en la juventud pueden contenerse en medio de las ocasiones, en la platónica esfera de las fantásticas Orianas, Angélicas y Melisandras de que tenía él llena la cabeza y le bullían en el corazón y en la sangre.

Agrupóse naturalmente en torno de la brillante figura de D. Juan lo más granado de la juventud de la Corte, y él era quien ponía el tono en ella y dirigía y concertaba los torneos, cacerías, cañas, máscaras y encamisadas, que formaban entonces la diversión de la gente joven de la nobleza.

Mas aunque todos solicitaban su favor, solo dos lo consiguieron íntimo y duradero hasta la muerte, que fueron el Conde de Orgaz y D. Rodrigo de Mendoza, hijo segundo del Duque del Infantado.

Ingirióse también por esta época en el trato primero y en la amistad después de D. Juan, un mozo muy listo, de

menguado nacimiento y grandes atractivos personales, que le trajo después grandes desdichas y le impulsó entonces, con astuta habilidad, en uno de los dos bandos que dividían a la sazón el otro campo político de la Corte. Llamábase Antonio Pérez, y era hijo adulterino y sacrilego del clérigo Gonzalo Pérez, secretario que había sido del Emperador y seguídolo siendo de Felipe II.

Disputábanse, en efecto, dos bandos en la Corte el escaso poder que abandonaba a sus ministros el absorbente gobierno de Felipe II. Capitaneaba uno de estos bandos el gran Duque de Alba, que representaba la política francamente guerrera de imposición y de fuerza, y dirigía el otro el Príncipe de Évoli, Ruy Gómez, representante a su vez de la política opuesta de diplomacia, de intrigas y de paz.

Seguían al primero el Prior D. Antonio de Toledo, el Príncipe de Mélito, el Marqués de Aguilar y el secretario Zayas; y eran partidarios del segundo el Arzobispo de Toledo D. Gaspar de Quiroga, el Marqués de los Vélez, Mateo Vázquez, Santoyo y Gonzalo Pérez.

Cómo la índole abierta y generosa de D. Juan y sus aficiones guerreras no le llevaron al lado del Duque de Alba, y se fué, por el contrario, al del Príncipe de Évoli, que representaba más bien la gente de pluma y de Iglesia, es cosa extraña, pero que tiene, sin embargo, su explicación en la habilidad que desplegaron los de este partido para atraerle, adivinando las grandes cualidades del ilustre mancebo.

Deparáronle primeramente al astuto Antonio Pérez para que con diestras adulaciones, en que era maestro, y estudiadas confidencias hechas de mozo a mozo, le diese a entender lo mucho que le estimaban en la camarilla de Ruy Gómez, las grandes esperanzas que cifraban en su valor y su prestigio, y lo mucho que trabajaban en el ánimo del

Rey para decidirle a nombrarle Capitán general de las galeras del Mediterráneo, como ya se lo había prometido.

Todo lo cual, sobre ser cierto, tomaba gran sabor de verdad en boca del hijo de Gonzalo Pérez, que podía muy bien saber por éste mismo lo que pasaba estando abocado a sucederle en el cargo.

Preparado ya el terreno lo suficiente para que pudiese poner el pie sin tropiezo alguno; personaje tan autorizado como el propio Ruy Gómez, abocóse éste con D. Juan como al descuido y repitióle lo mismo en diverso tono, añadiéndole que su nombramiento era cosa ya decidida; que era magnífica, como lo era en efecto, la galera *Capitana* que le preparaban en Barcelona, y que no tardaría mucho en lograr sus anhelos de pelear con los turcos al frente de lucida escuadra, como era también todo perfectamente cierto.

Murió por aquel entonces Gonzalo Pérez (1566) y resistióse Felipe II a las gestiones de Ruy Gómez para que proveyese en Antonio Pérez la secretaría vacante del padre, dando por pretexto, no ya su juventud, pues contaba treinta y dos años, sino la relajación de su vida y lo depravado de sus costumbres.

Tomóse, sin embargo, como señal de arrepentimiento y signo de enmienda el matrimonio de Antonio Pérez con D.<sup>a</sup> Juana de Coello Bozmediano, celebrado el 3 de Enero de 1567, y apresuróse entonces D. Felipe a darle la secretaría de Gonzalo Pérez, lo cual celebró D. Juan de Austria como si le fuese en ello el colmo de sus deseos y el triunfo de sus intereses.

Una vez cogido el leal Príncipe por el flaco de sus ambiciones, quisieron asegurarle más por el de sus platónicos amores, y encargóse de ello la Princesa de Évoli atrayéndole a su casa, dando en honor suyo saraos y banquetes,

y poniéndole ante los ojos y aun al alcance de la mano a la dama de sus entonces honestos pensamientos, D.<sup>a</sup> María de Mendoza, dama de Palacio y deuda muy cercana, según se cree, de la inquieta e intrigante Princesa.

Y tales trazas se dió ésta para captarse la voluntad y confianza del agradecido D. Juan, que años después, cuando ya no era la de Évoli la dama inquieta e intrigante de siempre, sino la mujer liviana y criminal que tramaba con Antonio Pérez pérfidas traiciones que habían de arruinar de rechazo a D. Juan mismo, todavía escribía éste a su amigo D. Rodrigo de Mendoza con la más cariñosa y ciega confianza.

«A mi tuerta beso las manos, y no digo los ojos hasta que yo le escriba a ella, que se acuerde deste su amigo, que lo es agora suyo y tan grande, que no puede en esta parte ni tiene más que ofrecerla por pago de lo que le debo, y que este recado va tan en seso, porque desde tan lexos así ha de ser».





## VII

**L**A figura de D.<sup>a</sup> María de Mendoza aparece un momento en la historia de D. Juan de Austria descolorida y borrosa como la melancólica imagen de un recuerdo que se desvanece, de jando en pos de sí la triste reata de la culpa llorada y perdonada, y la secuela dolorosa que llevan siempre consigo las flaquezas humanas.

Sin la intervención de la Princesa de Évoli, los amores de D. Juan y D.<sup>a</sup> María se hubieran deshecho en la inocente esfera de su idealismo caballeresco, como se deshacen en el aire las brillantes pompas de jabón, sin dejar rastro, ni huella, ni recuerdo. Mas la influencia de esta mujer funesta dió cuerpo a sus sueños, fuego a sus deseos, ocasión a sus sentidos, e hizo rodar hasta el fin de la pendiente a los dos alucinados amantes.

Ningún conflicto de este género ha sido, sin embargo, manejado tan discretamente como lo fué este episodio de la primera juventud de D. Juan de Austria. Tomólo a su cargo D.<sup>a</sup> Magdalena de Ulloa y ella supo poner en salvo, a costa de su abnegación propia, la conciencia y la responsabilidad de su D. Juan y la honra de una noble familia por éste mancillada.

Nadie sospechó ni en la corte ni en la villa lo que había sucedido, y el mismo Felipe II, tan suspicaz y bien informado, no tuvo conocimiento hasta después de la muerte de D. Juan, de la existencia de la niña fruto de aquellos amores. Una carta de Alejandro Farnesio, menos prudente que bien intencionada, informóle del hecho, y sin el trágico suceso en que muchos años después fué esta inocente señora cómplice y víctima al mismo tiempo, es seguro que su existencia fuera hoy desconocida para la historia como lo fué entonces para sus contemporáneos...

Desarrolláronse todos estos sucesos desde 1565, que volvió D. Juan de Austria de Barcelona, hasta 1568 que se embarcó en la armada del Mediterráneo: mas el momento del desenlace y del peligro, y cuando D.<sup>a</sup> Magdalena de Ulloa tomó cartas en el asunto, debió de ser precisamente en Octubre de 1567.

Había dado a luz en los principios de este mes una niña la Reina D.<sup>a</sup> Isabel de Valois, que se llamó Catalina por su abuela materna la de Médicis. Bautizáronla solemnemente el 19 a las tres de la tarde en la parroquia de San Gil, que era entonces la del Alcázar, y fué este día de grandes emociones para D. Juan de Austria.

Presentáronle al despertar un riquísimo vestido que le enviaba de regalo la Princesa D.<sup>a</sup> Juana, como en todas las grandes solemnidades tenía por costumbre: era de tela de plata bordada de seda verde y cañutillo de oro, con forros y vueltas de tela riza encarnada, y acompañábale una banda para el cuello de rubíes y perlas gruesas.

Agradó a D. Juan sobremanera el presente de su hermana, porque justamente eran los colores del vestido los de su dama D.<sup>a</sup> María de Mendoza, encarnado y verde; cosa que sin duda alguna ignoraba la severa Princesa, pues nunca hubiera hecho tal, de saberlo.

Era la madrina en el bautizo la dicha Princesa D.<sup>a</sup> Juana; el Archiduque Rodolfo era el padrino, y había de llevar la niña en la comitiva D. Juan de Austria.

Atavióse, pues, D. Juan con su nuevo traje, galán y bizarro como nunca, y acudió a ocupar su honroso puesto en la comitiva. Salió ésta a las tres en punto por uno de aquellos extraños pasadizos que improvisaban entonces, y venía a unir el Alcázar con la parroquia de San Gil, que era ya a la sazón convento de religiosos Franciscos descalzos.

Abrían la marcha los oficiales de Palacio, los gentileshombres de boca y cámara, cuatro ballesteros, cuatro maceros y los mayordomos de la Reina y la Princesa. Seguían cuatro reyes de armas con dalmáticas riquísimas y luego los Duques de Gandía y de Nájera, el Prior D. Antonio de Toledo, el Marqués de Aguilar, el Conde de Alba de Liste, el de Chinchón, D. Francisco Enríquez de Ribera, Presidente de las Órdenes, y los mayordomos del Rey.

Detrás venían seis Grandes que eran los Duques de Arcos, Medina de Rioseco, Sesa y Béjar, y los Condes de Ureña y de Benavente, trayendo respectivamente el capillo, la vela, el mazapán, el salero, el aguamanil y la toalla, y en medio de ellos D. Juan de Austria con la niña en los brazos, envuelta en un manto de terciopelo carmesí bordado de cañutillo de oro y forrado de tela de plata: a su derecha venía el Nuncio Juan Bautista Castagna, a su izquierda el Embajador del Emperador y detrás los de Portugal y de Francia.

Seguían los dos padrinos, el Archiduque Rodolfo y la Princesa D.<sup>a</sup> Juana, precedida ésta de su Mayordomo mayor D. Juan Manrique de Lara y del Conde de Lemus, que lo era de la Reina, y seguida de la Camarera mayor D.<sup>a</sup> Isabel de Quiñones, al aya de la Infanta D.<sup>a</sup> María Chacón, y

la dueña guardamayor D.<sup>a</sup> Isabel de Castilla, las tres en hilera. Seguían luego, y cerraban la marcha, las dueñas de honor de la Reina y la Princesa, las damas de ambas y las meninas.

Mas en vano buscó D. Juan entre aquel brillante escuadrón y en el puesto que la correspondía a su dama doña María de Mendoza, lo cual le contristó en gran manera, mucho sin duda por no verla, y quizá más todavía porque ella no le viese a él tan galán, tan bizarro y tan honrado, como a su edad y en semejantes ocasiones acontece.

Dió aquella noche un sarao en sus habitaciones la Princesa D.<sup>a</sup> Juana para celebrar el bautizo de su ahijada, y con grande inquietud de D. Juan de Austria tampoco acudieron a él ni D.<sup>a</sup> María de Mendoza ni la Princesa de Évoli.

Supo allí, sin embargo, por D.<sup>a</sup> María Ana de Aragón, hija del Conde de Rivagorza, que era dama de la Reina y grande amiga de la Mendoza, que ésta se había retirado días antes, enferma, a casa de su parienta la de Évoli: lo cual redobló la inquietud de D. Juan, tanto por el hecho en sí, como por no haber recibido de ello aviso.

Llamóle entonces aparte su hermana la Princesa y rogóle con toda la bondad de su hermoso corazón, que comprometiese a los señores jóvenes a improvisar una encamisada con el doble fin de celebrar el bautizo de la Infanta e impedir, a lo menos por aquella noche que estaba el Rey en la corte, los extraños paseos del Príncipe D. Carlos, que solía recorrer los burdeles de Madrid en aquellas horas, solo, con un arcabuz en la mano y el disfraz de una barba postiza.

Vino en ello D. Juan con el amor que siempre ponía en servir a su hermana, y concertó la encamisada con los dos Archiduques Rodolfo y Ernesto, el Príncipe de Parma y todos los señores jóvenes de la corte: mas ninguno logró

reclutar al Príncipe D. Carlos, que se escabulló como siempre a sus extrañas y peligrosas aventuras, que eran por aquel tiempo el escándalo de la corte.

Reunióse la encamisada en la plazuela de Santiago, ante la casa de D. Juan, pasada ya la media noche. Consistía esta singular fiesta en una numerosa cabalgata en que todos los caballeros llevaban vestidas, sobre sus trajes ordinarios, largas camisas blancas, y disfrazadas las cabezas con turbantes pintorescos, cascos con penachos y extraños gorros con cintas y plumeros. Llevaban todos hachas encendidas en la mano izquierda y libre el brazo derecho de la camisa para lucir en él los colores de su dama.

De este modo cruzaban las calles de la población hasta llegar a la casa del personaje festejado, bajo cuyas ventanas ejecutaban aquellas danzas ecuestres en que tan maestros eran los ginetes de aquel tiempo. Despertábanse los vecinos a su paso, iluminaban sus ventanas y daban vítores a los encamisados, tomando todo el lugar, en pocos momentos, verdadera apariencia de regocijo y de fiesta.

Nacían las encamisadas siempre de improviso y cuando la urgencia del tiempo no daba lugar a los preparativos de libreas y ricos disfraces que exigían las otras cabalgatas más solemnes, que eran también moda del tiempo, y llamaban mascaradas, aunque nadie llevase la cara encubierta.

Dirigióse la encamisada al Real Alcázar desde la plazuela de Santiago, donde D. Juan vivía, teniendo éste cuidado de hacerla pasar ante la casa de la Princesa de Évoli, donde, según sus noticias, moraba a la sazón la Mendoza.

Mas creció entonces su alarma y su extrañeza al ver la casa lóbrega y cerrada y que ni el ruido de la música, ni el resplandor de las antorchas y el paso de los caballos,

ni los mismos vítores que al pasar se dieron a la Princesa consiguiesen atraer a nadie a los cerrados balcones y ventanas; cosa ésta de suyo bien extraña, pues tenía entonces por grave descortesía no responder con iluminaciones y muestras de regocijo al paso de las encamisadas, como no fuera en caso de enfermedad grave o de luto reciente.

Destacóse, sin embargo, un hombre encapuzado de cierta puertecilla de la frontera iglesia de Santa María al pasar D. Juan, y agarrándose al arzón de la silla dióle rápidamente un breve mensaje.

La zozobra de D. Juan no reconoció entonces límite, y ya solo pensó en aligerar el paso de la encamisada y en terminar de cualquier manera que fuese las varias cuadrillas que se bailaron a la luz de las antorchas en la plaza de la Armería. Escapóse al fin como pudo, y encamisado como estaba corrió solo a la casa de la Princesa de Évoli.

Esperábale aún el encapuzado en aquella puertecilla de Santa María, frontera a la casa, que adquirió años después verdadera celebridad histórica (1), y sin recatarse de nadie, franqueóle aquel hombre la puerta principal cuya llave tenía.

Y aquí comenzaron a esclarecerse algún tanto los misterios.

Don Juan no volvió a su casa hasta muy poco antes del amanecer, y según testimonio de Jorge de Lima, su ayuda de cámara, de guardia aquella noche, no se acostó ni descansó un momento: anduvo, por el contrario, paseándose por su cámara con grande agitación, hasta que amanecido

(1) Es tradición que apoyado en el quicio de esta puerta y embozado hasta los ojos, presencié Felipe II la prisión de la Princesa de Évoli en la noche del 28 de Julio de 1579.

ya y levantada D.<sup>a</sup> Magdalena de Ulloa al alba, como tenía por costumbre, pasó D. Juan a sus habitaciones y allí se estuvo todo el día sin recibir a nadie ni tomar otro alimento que dos escudillas de caldo con huevos batidos que la propia D.<sup>a</sup> Magdalena le sirvió por sí misma.

Al anocheecer salió esta señora sola, en litera, con el viejo escudero Juan Galarza montado en una mula, y dirigióse a casa de la Princesa de Évoli. Dos horas después estaba ya de vuelta; pero no venía sola como había ido, sino que traía oculta cuidadosamente bajo el manto una niña nacida dos días antes, de improviso y fuera de tiempo, y bautizada ya con el nombre de D.<sup>a</sup> Ana.

Algunos días después pidió D.<sup>a</sup> Magdalena de Ulloa licencia al Rey para dar una vuelta por sus estados, no pudiendo hacerlo Luis Quijada por las obligaciones de sus cargos con D. Juan y el Príncipe D. Carlos. Díosela el Rey de buen grado, y partió D.<sup>a</sup> Magdalena para Villagarcía, llevándose la niña con el mayor sigilo.

Acompañóla D. Juan toda la primera jornada, y al separarse en el mesón mismo de las postas, pidióle su bendición como a madre, e hízole reiterar ella dos palabras que le había empeñado y que cumplió religiosamente. No volver a ver a D.<sup>a</sup> María de Mendoza y retirarse al monasterio del Abrojo, cuando pudiera, sin llamar la atención, para meditar algunos días sobre las verdades eternas, fuera de la atmósfera de la corte.

En cuanto a D.<sup>a</sup> María de Mendoza, *desapareció entre la bruma llorando como Andrómaca* y no volvió a ver más a D. Juan de Austria. Pasó una larga temporada en Pastrana en casa de la Princesa de Évoli, y con el pretexto de su salud delicada, fuese retirando poco a poco de la corte sin llamar la atención de nadie, logrando al fin borrar su memoria hasta el punto de que nadie sabe hoy a cuál de las

ilustres ramas de la casa de Mendoza pertenecía ni cuál fuese su paradero después del triste episodio que tronchó su vida. Es propable que fuese a llorar en algún monasterio lo que fué ciertamente su primer desengaño y acaso también su única culpa (1).

(1) Doña Magdalena de Ulloa crió y educó a la niña D.<sup>a</sup> Ana con el mayor esmero y secreto hasta la edad de siete años, en que la colocó en el convento de agustinas de Madrigal, con la idea de que allí profesase más adelante, como sucedió en efecto, sin que nadie sospechase el nombre y calidad de sus padres. A la muerte de D. Juan de Austria denunció Alejandro Farnesio la existencia de esta niña, con la buena intención de que el Rey la amparase y protegiese. Así lo hizo D. Felipe, concediéndole el apellido de Austria y el tratamiento de Excelencia, sin que por esto se divulgase tampoco su nombre y su rango, hasta sobrevenir el trágico suceso a que aludimos en el texto, que consistió en lo siguiente:

Allá por los años de 1590 al 91 llegó a Madrigal un fraile agustino portugués, hombre intrigante y travieso, llamado Fr. Miguel de los Santos: habíanle desterrado de su patria como fautor de intrigas y revueltas en favor del Prior de Crato, D. Antonio, pretendiente entonces a la corona de Portugal. Nombráronle en Madrigal vicario de las monjas agustinas, y con este motivo confesó y trató mucho a D.<sup>a</sup> Ana de Austria, que sobre ser joven entonces debía de ser además muy sencilla. Vivía también en Madrigal en aquel tiempo un pastelero llamado Gabriel Espinosa, en cuyas facciones y modales creyó encontrar el fraile portugués grande semejanza con el difunto Rey D. Sebastián, muerto poco antes en la batalla de Alcazarquivir en Africa. Todo este conjunto de circunstancias inspiró a Fr. Miguel una intriga que, aunque osada y absurda como ninguna otra, tuvo grande resonancia así en Portugal como en Castilla. Persuadió al pastelero que fingiese ser el Rey D. Sebastián, escapado por milagro en aquella ferosa derrota, prometiendo colocarle por medio de este engaño en el trono lusitano. Hizo creer la primera en esta farsa a D.<sup>a</sup> Ana de Austria, fingiendo revelaciones de Dios por las cuales estaba ella destinada a partir el trono con el improvisado D. Sebastián, previa la dispensa de votos que había de dar el Pontífice. Cayó en el lazo la sencilla D.<sup>a</sup> Ana, y convencida de que el pastelero era el Rey D. Sebastián y ella la escogida por el cielo para ser su esposa, envióle ricas joyas al Espinosa y entabló con él una correspondencia *amoroso-política* que se conserva completa en el archivo de Simancas. Servíase el fraile de estas cartas para conquistar ilusos partidarios al fingido Rey, y tantos supo allegarle así en Portugal como en Castilla y tal incremento tomó la farsa, que preso al fin Espinosa por sospechoso en Valladolid, formóse proceso contra él, contra el fraile y D.<sup>a</sup> Ana, saliendo

condenado Espinosa a sacarle de la cárcel arrastrando metido en un serón, ser ahorcado en la plaza de Madrigal, descuartizado después, puestos los cuartos en los caminos públicos y colocada la cabeza en una jaula de hierro. Fray Miguel de los Santos, después de degradado y entregado el brazo secular, fué ahorcado en la plaza de Madrid el 19 de Octubre de 1595. En cuanto a D.<sup>a</sup> Ana de Austria, se la condenó a ser trasladada al monasterio de agustinas de Avilés, a reclusión rigurosa en su celda durante cuatro años, y ayunar por el mismo tiempo todos los viernes a pan y agua, a no poder ser prelada y a perder el tratamiento de Excelencia. Indultóse, sin embargo, a la sencilla monja de esta sentencia a muy poco de darla, y trasladáronla a las Huelgas de Burgos, donde fué elegida abadesa perpetua. El licenciado Baltasar Porreño le dedicó su *Vida de Juan de Austria* allá por los años de 1620 a 25.

